

“La infancia en juego no tiene diagnóstico”

Agustín es un niño pequeño, tiene cinco años. La labilidad en la postura y en la actitud corporal da cuenta del estado de fragilidad psíquica y física en la cual se encuentra. Durante estos últimos años, ha tenido una serie de convulsiones, producto de un estado epiléptico, aparentemente benigno, pero que lo ha llevado a estar internado incluso durante varios días, en estado de observación. Tiene una severa dificultad visual, lo cual le impide moverse libremente, a nivel sensoriomotor, en su postura y básicamente, en su vida relacional.

Los padres atemorizados y angustiados ante sucesivos diagnósticos, que van desde espectro autista, trastorno general del desarrollo, inmadurez e inhibición psicomotora, hasta trastornos disatencionales con hiperquinesia generalizada. Toda esta situación los llevó a sobreprotegerlo, cuidándolo en todo momento y ubicándolo, muchas veces, como un niño mucho más pequeño, casi como un bebé. De esta manera, evitan que se lastime, se caiga o simplemente tropiece con algún objeto, pero al mismo tiempo, sin quererlo, impiden o dificultan la experiencia infantil que él desea realizar, sin predecir lógicamente, las consecuencias de esta problemática.

-M-Cuando Agustín llega al consultorio, inseguro, temeroso, se tropieza, inestable tanea la puerta, los juguetes, los libros, diferentes objetos. Claramente aparece la dificultad visual como un obstáculo que detiene y frena la espontaneidad del movimiento e impide la construcción gestual. Llama la atención la posición de inhibición, la labilidad y dependencia que tiene en relación al otro, todo lo cual dificulta la posibilidad de jugar, por ejemplo, con una pelota, un juguete o cualquier objeto que implique un desarrollo simbólico. La experiencia se empobrece en la misma acción, fijándose en la opacidad del lenguaje, la representación y la escena.

Desde los primeros tiempos del tratamiento, Agustín pudo tomar el espacio del consultorio como un lugar posible para explorar, reírse, relajarse y jugar con lo que él quisiera en ese instante. Podía ser con el agua, transportándola de un lado para el otro, la pelota, arrojándola por distintos lugares del consultorio, los dinosaurios, los peces o el pizarrón. En la puerta, en la vereda, apenas me veía sonreía y sin mediación grita: “Esteban, Esteban, a jugar, a jugar”, se suelta de la mano de su mamá y viene corriendo hacia la mía.

Nos abrazamos, volvemos a soltarnos para volver a buscarnos y tocar o agarrar al otro, impidiendo un posible escape o corrida. La mirada y la gestualidad suceden en toda la escena. Este escenario no deja de sorprenderme, ya que se contrapone a cualquiera de los diagnósticos que anteriormente había recibido él. Con relativa facilidad lograba desprenderse de su mamá (costaba separarse de ella en cualquier otra circunstancia).

El instante del reencuentro de cada sesión se repetía pero en la diferencia, a veces me escondía tras de un árbol y en otro departamento de la cuadra. Agustín dejaba las manos de la mamá y sonriente iba a buscarme. Llamativamente, no se tropezaba, tampoco se caía y con mucha seguridad corría hasta el sonido o la pista que le daba para encontrarnos en el abrazo inicial del comienzo. La sesión comenzaba con esa expectativa e intensidad, camino al ascensor gritando: “Esteban a jugar, a jugar...”.

Cabría aquí realizar algunos interrogantes: ¿Agustín y Esteban, inventan un encuentro jugando?, ¿Existe la construcción de un deseo de jugar?, ¿Qué se anticipa y resignifica al genera en cada sesión la ficción del juego?

Agustín propone hacer algunas piruetas, como tirar un trencito de un extremo al otro de la sala... "A la una... a las dos"... y en el tres... contento, empuja la locomotora, lentamente llega a mis manos y repito la entonación en la escena, solo que le propongo traer una silla para que la pequeña locomotora pase por abajo antes que él la agarre. Entusiasmados, los dos colocamos la silla en el centro entre él y yo, al lanzarla, poco a poco logramos que la locomotora pase por la silla devenida puente que se transforma en un túnel.

El escenario se va complejizando y complementando, agregamos otra silla y otra más, hasta hacer un gran túnel por donde van y vienen vagones, locomotoras y autos. Cuando por algún motivo, chocaban, se trababan o no pasaban, los ayudábamos hasta alcanzar la meta: el final del túnel, donde lo esperaban las manos del otro para recibirlo y volver a lanzarlo. Acomodamos el túnel (sillas), preparamos el espacio y otra vez vuelve a pasar el tren con sonidos, exclamaciones y expresiones, acordes a las circunstancias que ocurren en camino hacia el destino (las manos abiertas del otro).

Durante varias sesiones, jugamos con los túneles (sillas), trenes, las estaciones (formadas por ladrillos) y pequeños muñequitos (playmobils), que colocamos cuidadosamente en cada asiento de los vagones. Cuando se caían, volvía a acomodarlos para poder llegar a la casa, el trabajo o la próxima estación sin inconvenientes.

Es esencial que pensemos en ese espacio creado a medida que jugábamos. Damos lugar a través de la relación trasfereencial para que ese escenario suceda. Allí se pone en escena, la "capacidad" y la posibilidad de Agustín de poder jugar plásticamente, de estar jugando por el placer de hacerlo y existir en ese acto. Sostiene durante un tiempo la experiencia de jugar, el fértil deseo de sentir que está jugando por el hecho de jugar, está dedicado a la ficción de ese instante fugaz pero consistente en el plano de afirmar en él la imagen del cuerpo. Agustín en "silencio" juega, recrea una y otra vez la escena de la locomotora, el tren, el túnel y los pasajeros. Constituye una continuidad en su hacer, en el cual va resignificándose en la experiencia que produce. Es un tiempo entre la presencia y la ausencia conformado en el entredós de la relación.

Creamos un espacio-tiempo para que el niño pueda estar buscando, experimentado, jugando, sin preguntarse porque, para que o a que estadio del desarrollo corresponde y mucho menos pensar desde allí en una patología correspondiente con lo que hace. Es la creación de un lugar que todavía no es, pero está siendo. De esta manera, inventa un estilo propio, un modo de afirmar la imagen del cuerpo por fuera de cualquier organicidad, etiqueta diagnóstica, o funesto e irreversible diagnóstico.

La temporalidad del hacer jugando lleva a Agustín a forzar el pensamiento en la ficción de la experiencia que él mismo produce al usar la imagen del cuerpo y jugar con ella. Esta experiencia infantil, lo arrastra hacia una búsqueda fortuita, tributaria de una próxima aventura a continuar creando. El encuentro con la novedad aventurista es una relación con el afuera, donde afirma una huella de aquello que vivió con la intensidad y la fuerza del eros de dicho acontecimiento.

E

n este sentido que venimos proponiendo, durante la infancia, para los niños se potencia el pensamiento, pensar es experimentar, es significar, problematizar y crear una realidad ciertamente heterogénea. El ser de esta experiencia infantil es plural y plástico. No podemos pensarlo por fuera de la plasticidad simbólica, no es posible que exista sin la sensibilidad necesaria para que esa experiencia engendre un acontecimiento. El mismo crea, por ejemplo para Agustín, un nuevo pensamiento que navega entre representaciones simbólicas. De este modo, la experiencia infantil y el pensamiento están ligados a través del afecto y la plasticidad (tanto simbólica como neuronal). Nos proponemos dar lugar para que esa experiencia suceda.

Luego de la escena del túnel-silla, la locomotora, los vagones, y los pequeños pasajeros, Agustín quiere pasar por el túnel. Para ello, se agacha y lentamente lo ayudo a pasar por debajo de todas las sillas. Luego de hacerlo, contento, me pide ayuda para pasar por arriba del túnel, caminando entre las sillas. Todo lo cual se transforma en un gran circo. Agustín equilibrista, trape-cista, por arriba y por debajo de las sillas, salta y se arrastra para alcanzar la meta. Una vez que termina, me pide que lo haga igual pero que esta vez, él me iba a ayudar. A continuación, me da la mano, me ayuda a pasar las sillas sosteniéndome fuertemente y hace lo mismo cuando voy por el túnel y al trabarme, me dice cómo salir para seguir pasando, hasta llegar al otro extremo. Luego del circo, Agustín comienza a jugar con unos muñecos de peluche, que devienen “personajes-amigos”, un perro, un pingüino, un hipopótamo, un nene. En el dialogo con ellos, decide vaciar una caja de plástico, llena de ladrillos y en su lugar, coloca a los muñecos, los acomoda, hasta sentarlos. Decide llevarlos a pasear. Para ello, atamos una soga en un extremo de la caja, él la agarra fuertemente y los hace pasear por todo el consultorio. En el ritmo escénico, abre la puerta y recorre el pasillo con ellos. Al hacerlo, no para de sonreír, grita y juega a llevarlos por todos los rincones posibles.

En el recorrido que emprende, en un momento para y les pregunta a sus muñecos que están sentados dentro de la caja: “¿Quieren que los lleve a pasear?”...(ellos, con un tono de voz que encarno en cada caso), responden: “Si, si, llevanos. Vamos de paseo”. De allí en más, pasan aventuras, por ejemplo, una tormenta (que hace que la caja-tren se mueva para todos lados), un remolino gigante, en el cual giran sin parar, una brisa de viento fuerte, que hace que aceleren o de golpe se detengan. De esta manera, recorreremos los diferentes lugares, que van desde el pasillo hasta el ascensor pasando por la escalera.

El espacio del “entredós”, entre Agustín y Esteban, se ensancha en el devenir de realización escénica de la experiencia cómplice que creamos, donde Agustín puede ubicarse en otra posición, animarse a sentir el asombro y el placer de llevar a pasear a uno muñecos, también a ser paseado por Esteban, en la aventura que implica los giros, la tormenta, el viento, la velocidad y básicamente, lo inesperado y sorprendente de jugar con otro.

La fuerza del deseo de jugar, potencia otra escena, lo lleva a Agustín a ser otro y dejar (por unos instantes) absolutamente de lado, al niño espectro autista o el “eterno” bebé discapacitado. Agustín conquistó un espacio, y al hacerlo, se afirma en la imagen corporal que los sostiene tornándolo deseante.

Los papás, están sorprendidos y alegres por los cambios que se van produciendo en Agustín, lo notan muy contento y alegre, mucho más seguro. Esta posición, hace que se relacione mejor con otros niños, ellos afirman: “Cada vez hace más cosas y está mucho más independiente”. “Sin embargo comenta la mamá, todavía usa pañales, ese es un problema que no puede superar y/o avanzar”. Aprovecho este comentario para encarar el tema, hablarlo con ellos, con él y llegar a un acuerdo. Empieza a venir a la sesión, sin pañal: “Porque ya dejó de ser un bebé”, aclara él y la mamá.

Durante un tiempo, al llegar al consultorio, había que cambiarlo porque no aguantaba y se “hacía” en el auto. Pese a eso, al verme, la gestualidad y la postura se modificaba, exclamaba alegremente: “Esteban, Esteban, a jugar...”, gritando me daba la mano y subía contento al consultorio. En él, continuábamos jugando a pasear a los muñecos-amigos y a ser paseado en la caja azul devenida trencito, nave, barco o cohete “para ir a cualquier aventura...”. Así subimos por las escaleras, el ascensor y en ese imperceptible vibración escénica propio de la experiencia, propone ir a la vereda en el mismo momento el cual lo vienen a buscar. Tomo esa demanda y bajamos con la caja, tren-cohete, y la soga para atarla y arrastrarla mejor.

Bajamos, al vernos, los papás nos dejan jugar el juego, se alejan un poco y nos miran. Agustín pone a todos los muñecos en la caja-tren-nave. Con una mano, sostiene la soga y con la otra, mi propia mano: “A la una...a las dos...y a las...tres”, salimos corriendo, arrastrando la nave-tren por la vereda, hasta llegar a la esquina. Giramos y volvemos hasta la puerta del consultorio, donde estaban los papás. Al llegar los saludamos y seguimos corriendo directo hacia la otra esquina. Al llegar a ella, doblamos y volvemos al consultorio. Aprovecho allí para hablar con los muñecos, cambio la voz y dialogo con ellos, uno dice que le encanta correr, el hipopótamo no para de reír, Pepe pedía ir más lejos, pero Tito, el perro, quería hacer pis. Agustín agarra a Tito y lo lleva al árbol más próximo, ahí juntos le pedimos que haga y no nos moje. Él le levanta la pata, lo acerca al árbol, y después de hacer pis, tranquilo, lo vuelve a poner en la caja.

En ese instante, se acercan los papás, nos ponemos a conversar sobre lo que estaba pasando. Pero sin darnos cuenta, intempestivamente, Agustín, toma la soga y mientras estamos hablando, se va corriendo con la caja y los muñecos, riéndose a carcajadas. Corre, se desplaza libremente por la vereda, feliz de realiza lo impensado. Los tres, el papá, la mamá y yo, atentos, nos quedamos atónitos. Agustín placenteramente solo, corriendo por la vereda, llevando los muñecos a pasear, resultaba una escena increíble. Fue el comentario de todos.

La alegría y el placer de la escena que Agustín desarrollaba frente a nosotros, desbordaba el cuerpo. Por un momento, compartimos la increíble sensación de verlo correr y jugar, despreocupado y sin problema. La escena conmovedora, vuelve a repetirse. Agustín corre por el placer del deseo de desear pasear y moverse en la gestualidad convocante. Ese deseo de jugar, de lanzarse a correr intrépidamente, enuncia la potencia y la fuerza que encarna, la experiencia. Se opone drásticamente al primer momento de Agustín, cuando apenas podía sostener su postura y equilibrio corporal, además de soportar el siniestro diagnóstico de espectro autista.

Cuando Agustín toma la soga, del tren-nave y emprende la carrera, sin saberlo, en ese acto, dona sentidos, a través de la diferencia con el gesto anterior. En la experiencia escénica, el hecho de correr con la caja-auto-tren, produce un “sinsentido”, que quiebra el sentido pleno del presunto diagnóstico invalidante anterior, de la discapacidad. El “sinsentido” del deseo de jugar, causa nuevos sentidos y la experiencia adquiere la intensidad necesaria para que su huella perdure en el devenir de la producción del próximo acontecimiento.

Cuando un niño desea jugar, desea ir más allá de él y crear redes de imágenes y fantasías, corporizadas en un hacer que siente como propio. El espesor de estas redes, es ficcional. Justamente, es irreal, conlleva denegar la realidad para inventar otra, paradójica, imposible pero también posible en la narración del acto de jugar.

En este sentido, el deseo de jugar explora e inventa lo infantil de la infancia. Es el placer del deseo de ser y estar jugando otra escena, lo que le permite construir la niñez, investida por el afecto de la aventura, la búsqueda novedosa de aquello que, sin darse cuenta, lo causa como sujeto-niño y lo lanza al futuro del porvenir. Sin duda, se inscribe en el cuerpo una memoria inconsciente.

Impulsado en este deseo, Agustín, se ve lanzado a la osadía de correr (“autónomamente”), por la vereda, llevando a pasear, por toda la cuadra a los “amigos” muñecos. Juguetes que lo impulsan hacia la experiencia del afuera, donde la dificultad visual severa (la discapacidad), pierde peso en el artificio ficcional que Agustín genera. Al hacerlo, al unísono, es creado por él en el instante que lo crea.

La plasticidad simbólica del deseo de jugar, es constituyente más que constituida. Esta genera y produce la memoria inconsciente, las huellas psíquicamente corporales que perduran como don afectivo y devienen condición de plasticidad neuronal. Redes sinápticas, efectos de redes simbólicas, que enlazan, ligan, producen, subjetividad.

Los pequeños a través del deseo de jugar, fabrican experiencias subjetivas en escena, intuitivos, plásticos, salen hacia el afuera (como vemos en Agustín) y conforman el “adentro” como memoria inconsciente imperecedera, donde encuentran la pertenencia a una comunidad y la posibilidad, de resignificar la singularidad de su historia.

Finalmente, de la última escena descripta con Agustín, pasan diez días, y la mamá con una gran sonrisa en el rostro, baja del auto y exclama: “Esteban, ¿sabes una cosa? Agustín ahora pide ir al baño todos los días. Entonces, le sacamos los pañales. Ya es grande, no usa más pañal. No lo podemos creer...estamos todos re contentos...”. Agustín, aparece detrás del árbol y grita saltando de alegría: “Esteban, Esteban...a jugar...vamos a jugar”...me da la mano...y vamos.

Esteban Levin
estebanlevin@lainfancia.net
www.facebook.com/LaInfancia
www.lainfancia.net